



Sobre la moralidad pública

El Estandarte.

Méjico, Marzo 22 de 1843.

Comunmente se aplica la palabra moral á hechos que ó nada tienen que ver con ella, ó lo son realmente contrarios, ó cuando ménos pertenecen á otro de los principios constitutivos de la sociedad. Así vemos que se da el nombre de morigerado al hombre que cumple con los preceptos de la religion; aunque en realidad sea un hipócrita, y que se niega aquella cualidad al que profesa doctrinas que se separan de la comunión católica. Ambas son opiniones erróneas, y sus resultados por consiguiente contrarios á lo que en verdad debia ser; pues se honra y se aprecia al que ménos lo merece, y se injuria al que mejores títulos tiene tal vez á la estimacion de las gentes.

Puede muy bien un hombre cumplir exactamente en la apariencia, los mandamientos de la fe católica, y ser un bribón; y puede tambien estar adornado de todas las virtudes, el que profese la confession de Lutero, ó siga las máximas del Alcoran. Esta es la diferencia que hay entre la religion y la moral: la primera es particular, pues que hasta hoy ningun culto, á excepcion del deísmo, puede linsongearse de dominar á todos los pueblos; pero la moral es universal, y sus prescripciones son sujetadas por todos los hombres, sea cual fuere el modo con que tributen á Dios sus adoraciones. Y es natural que así sea; porque las verdades de la religion, como superiores á las luces de la razon humana, han estado y están sujetas á todas las interpretaciones y aplicaciones que los hombres han imaginado; de donde ha resultado esa variedad de sectas en que está dividido el mundo. Mas los preceptos de la moral se acomodan exactamente á nuestra capacidad, como que no son mas que el efecto de ese deseo innato que por todas partes nos guia á buscar la felicidad. Así, es fácil de conocer, que la moral asegura la dicha de los individuos y de las sociedades, que sin ella no pueden existir, porque sin ella no hay freno que contenga el furor de las pasiones.

Estas mismas, que son individualmente el elemento de nuestro ser, forman la base de la moral, que las hace servir unas contra otras, y las pone así en la balanza que deben guardar para producir el bien. Un hombre sin pasiones seria el ente mas inútil, pues que tanto se le daría de lo bueno como de lo malo; pero el que está dotado de sentimientos fuertes, tiene dentro de si mismo el principio, el jérmen de todas las virtudes y tambien de los vicios, segun que obedece ó esquiva las prescripciones de la moral.

El orgullo, por ejemplo, es una pasion, que bien dirigida, eleva al hombre á un alto grado de bondad; porque le impide cometer acciones villanas, no acaso

por lo que estas sean en si mismas, sino por la degradacion que envuelven: un hombre de buena education no se embriaga en la plaza pública, aunque lo domine absolutamente el placer de los licores; porque teme al *qué dirán*, y se avergüenza solo al presentir el espectáculo de su deshonra. Pero si ese mismo orgullo sigue un sendero torcido, es principio y raiz de mil vicios, poniendo al hombre en continua e incesante pugna con la sociedad, cuyos defectos mira con el anteojo de la exageracion, creyéndose él solo el ser virtuoso, y contemplando á los demas como inferiores, cuando acaso valen mucho mas que él. En suma: la moral, al paso que enfrena las pasiones, las hace servir de conductores para proporcionar á los hombres la poca ventura que nos es dado gozar en este suelo de dolor.

Y de aquí resulta necesariamente, que los mismos buenos ó malos efectos se producen en las familias, que se componen de hombres y en las naciones, que se forman de familias; porque todo va en proporcion ascendente. ¿Cómo, pues, si un hombre inmoral no puede ser feliz, lo será una familia, y en su caso una nación? Gozarán ésta y aquella de los placeres que al individuo proporciona la disipacion; pero en el fondo no puede quedar mas que oprobio, así como en aquel no queda mas que el disgusto, que es el dejo amargo de las sensaciones desarregladas.

Efectivamente, cuando en un pueblo no se respectan las santas prescripciones de la moral, ademas del descrédito que se acarrea de las demas naciones, tiene que sufrir la dilapidacion de sus rentas, la proscripcion de sus buenos ciudadanos, la inobservancia de las leyes; pasos todos que le conducen á la disolucion, y consecuentemente al despotismo extranjero. Y he aquí cómo los mas célebres pueblos de la tierra han sido borrados de la lista de las naciones: cómo han desaparecido los mas brillantes pechos, y cómo en lugar de nombres de gloria han sido legados á la posteridad títulos de oprobio y de maldad. La inmoralidad fué la causa de la ruina de aquellas repúblicas griegas, cuyas virtudes y renombre nos sirven aún de tipo de cuanto hay de sublime en el orden político. El transcurso de los tiempos, aumentando las necesidades y ensanchando la órbita de los placeres, hizo que para satisfacer aquellas y saciar estos, se empleasen medios ilícitos, que poco á poco fueron corrompiendo las costumbres, hasta extinguir el amor de la patria, y hacer doblar delante de un despota extraño aquellos cuellos que el honor habia por tanto tiempo conservando erguidos. ¿Qué hay de comun entre la Roma de los emperadores y la Roma de los cónsules? Lo que puede haber entre la prostituida ramera y la virgen honesta. El último dia de las virtudes cívicas fué el de los idus de Marzo: el Rubicon era la valla que contenía los males; pero vencida por César, el torrente se precipitó; y despues de dejar por todo el mundo los rastros de la destrucción, fué envuelto por otro torrente, que vino á consumar la obra de aniquilamiento y degradacion: Atila cosechó la semilla sembrada por el dictador romano.

Y si así recorremos las páginas todas de la historia, veremos que siempre la inmoralidad ha sido precursora funesta de la ruina de las naciones: la época de Luis XV preparó la de Robespierre: Bayona abrió el camino de Santa Helena, y la destrucción del congreso alzó el patíbulo de Padilla. Y así debe ser; porque de la misma manera que los abusos físicos destruyen la naturaleza física del hombre, los morales mancillan su alma, y de error en error la conducen hasta el último estremo del envilecimiento; de donde resulta en el orden social la indiferencia política, que es el peor de todos los síntomas, y la frialdad con que se calculan los más funestos acontecimientos: se ven venir sin temor, y se presencian con la calma que produce la degradación.

De nada, pues, sirve que un gobierno mantenga la paz de la nación, si esta nación no se mueve porque está aletargada: esa paz se asemeja á la de los cementerios, que es ciertamente inalterable; pero que nadie puede envidiarla. El interés mayor de un gobierno ilustrado debe consistir en la moralidad pública; pero para esto es necesario que comience por ser morigerado él mismo. El padre que delante de su hijo trata con su manceba, ¿cómo puede reconvenirle si le vé tratar con la suya? El gobierno que dilapidá las rentas públicas, ¿cómo puede castigar al salteador que en medio del camino despoja de sus bienes al pasajero? El segundo á lo menos espone su vida, á la vez que el primero goza en paz del abominable fruto de su crimen. ¿Cómo un gobierno que vende los empleos, podrá castigar al juez que venda la justicia? ¿Ni cómo podrá estrañar que sus subalternos le vendan al caer, si al subir los compró?

Incalculables son los males que produce la demoralización de un gobierno, que no pudiendo con la ley conservar el orden, se vé precisado á usar de la fuerza, que al fin es vencida por otra fuerza, á costa siempre del pueblo, que es la víctima siempre. Y así se suceden los años á los años y los gobiernos á los gobiernos, hasta que las circunstancias que en cada época han sobrevenido, se reunen en una; y un hecho, que tal vez pasó inapercibido, llena la medida y arroja á la nación en el abismo de la anarquía, que es solo el crepúsculo del despotismo. Todos nuestros esfuerzos deben por tanto dirigirse á sostener la moral pública; pues nada importa que ganemos batallas y establezcamos éste ó el otro sistema, si el cáncer de vicios innobles robe el corazón de la sociedad.